

Cuento título: El hombre que bailaba

Seudónimo Autor: Mauro Torcaz.

Juanito viene del sur, de Temuco hacia la costa, es el mayor de cinco hermanos.

A los catorce años vivía con su madre, a quien con cariño y respeto trataba de "Mamita".

El padre los abandonó, dejó a la mujer con un pedazo de tierra, una rancho y cinco niños entre los catorce y los dos años. Juan, dice que una mañana de marzo aún no empezaban las clases, ve por el sendero de entrada que viene don Ruperto

Torremolinos, montado en su caballo, un overo vistoso, tirando de otro con la montura vacía.

Este hombre, conocido agricultor de la zona, dueño de cientos de hectáreas dedicadas a la leche, el trigo y otras labranzas entra confiado en su ranchito.

Como está señora Mechita.

Dice tranquilamente don Rupe al momento que da un vistazo de animal de rapiña a la pequeña porción de terreno.

Bien contesta mi mamita.

Que se le ofrece don Torres agrega mientras aleja las gallinas que estaba alimentando. Vengo por lo conversado el mes anterior.

Ah.. Verdad casi lo había olvidado, disculpe don

Torres. Juan venga hombre, dice mi madre.

Corro al llamado.

Este señor me lo va a emplear a

Ud. De que mamita.

De mozo.

Mira hombre, dice el hacendado, vas a tener trabajo fácil, mandados, aseo, acompañarme a las compras, ayudar en las faenas agrícolas o lecheras. Ya está decidido con la Mechita.

Vaya hijo junte su ropa y se va con don Rupe.

Pero mamita yo me acuerdo que a mi abuelo no le gustaban estos tratos, decía que estos jutores nunca cumplen con dar la vaquilla al año que prometen a cambio del trabajo, el abuelo dijo cuando yo tenía diez años, que no me fuera en esas condiciones, yo quiero ganar plata, mamita, me paguen en billetes no en vaquillas que no voy a ver nunca, y usted tampoco.

Entonces enfrento al palo grueso y le digo que si me paga diario o mensual me voy, de otra manera no caballero.

Pero que dices mocoso insolente atropella don Rupe, furioso se dirige a mi madre que no haya donde esconder la cara.

Señora a este muchacho Ud. no lo va gobernar, le salió chúcaro el cabro señora, eso pasa por mandarlos a la escuela aprenden a contestar antes que a trabajar y obedecer a sus mayores.

No se preocupe yo lo voy a amansar que se ha creído este animal.

No señora no lo va amansar nunca, este joven se nota arrebatado de genio, le salió aniñado, se le encrespó el potrillo misia.

Y le acortó la rienda al caballo para devolverse, dejó a mi madre sin habla. En todo el día no me dirigió la palabra.

Anduve por el campo, corrido y acholado, sabía que las esperanzas de aliviar un poco los gastos con una boca menos, un pantalón menos que zurcir, un pan menos que comprar, era para mí mamita una bonita manzana, que se había podrido en su mano. A las cinco de la mañana, llegó a mi cama con una varilla de mimbre gruesa como el dedo gordo de un hombre robusto, empezó a darme por donde cayera, por las piernas, por la espalda. La cara me la atravesó con un feo y profundo tajo, en calzoncillos y a pie pelado salí aullando de mi casa, agarré el camino donde vivía la madrina, estaba a quince kilómetros a la costa, con neblina espesa, un frío que mordía, la escarcha soportaba mi peso de lo gruesa, llegué morado de frío y las marcas de los varillazos por todo el cuerpo. Ardiendo como recondenado, el de la cara quemaba, la sangre apelotonada alrededor de la herida se había puesto dura, la mejilla no la sentía, la tocaba con la punta de los dedos y no tenía ese lado de la cara, es raro sentir susto, rabia y no poder llorar, llegué donde mi familiar a la que nombraba como tía Etelvina. Me recibe con harta preocupación, por mi aspecto y lo que le pudiera hacer mi mamita por darme amparo. A lo que el marido de la tía le dice, deja a Juan tranquilo, dale algo caliente, a la tarde hablare con la Meche, ahora cura sus heridas, se le pasó la mano a la comadre, como dejó al niño.

El marido de mi familiar me buscó trabajo en una lechería, me llevó a la hijuela, ahí me entrevistó un caballero alto, flaco, manso como un cordero, caminaba y parecía que

fuera a bailar, siempre andaba silbando.

Me dice, cuando estoy frente a

él. Así es que andas

arrancado niño. Por qué me

dice eso.

Lo sé, me contó tu tío.

Quieres ganar dinero, no vaquillas que nunca te pagaran,

cierto. A si es señor.

Me parece bien que los jóvenes tengan claro lo que

quieren. En eso aparecen los carabineros.

Entran en la

oficina. Me asusto.

Me hablan.

Vas acompañarnos a la comisaría, tenemos que hacer unas preguntas a tu madre a ti y

a este caballero, indican a quien me entrevistaba, está bien no tengas susto es por tu

bien, es para protegerte, si quieres trabajar lo puedes hacer pero con algunas

condiciones.

Delante de los carabineros llegamos los tres, mi mamita autorizó me fuera de ayudante a

la lechería de don Pedro Navarrete, quien se comprometió ante los policías a pagarme

mensualmente quince pesos.

Los policías me llevan aparte preguntan qué vas a hacer con el dinero que ganas.

Les contesto, ayudar a mi mama, no ve que somos cinco, y ella con lo que gana no

alcanza para todos.

En ese tiempo con cinco pesos me vestía de pies a cabeza, y sobraba para golosinas, compré retazos de género, que en las manos de mi mamita se convirtieron en vestidos para mis hermanas chicas, pantalones para mí y el hermano menor.

Esperé con ansias el pago, cuando llegó no lo podía creer, tocar, apretar un billete azul, era bonito, me daba una sensación de adulto que nunca antes sentí, me lo había ganado, trabajé como bestia, quedé al servicio del jefe del establo. Preguntó, ¿Sabes ordeñar? ¡Contesté si! En mi ranchito había dos vaquillas que ordeñaba.

Bien entonces vas a estar a cargo de aliviar a las vacas recién paridas, escucha atentamente, esos animales no pueden quedar sin ordeñar, aunque estés cansado no pueden, ¡¡oístes bien, nunca pero nunca puedes dejar para el otro día el trabajo con estos animales!! Esa leche durante los primeros días no sirve, se cuaja, viene como gelatina si no sacas ese liquido se endurece dentro de las ubres, la vaca enferma y muere, y estos animales son finos y caros, valen más de lo que tú vales, estamos claro, si patrón, bueno, esa leche recién a los tres o cuatro días viene aclararse, y llevar a los toneles de acopio para ser entregada a las procesadoras, te lo digo para que entiendas que no es capricho mío, el que si son diez las vacas que paren al día las diez debes ordeñar, termines a la hora que sea. Si a una sola vaca se le revienta una ubre la paliza que te vas a llevar la recordarás por años, ¿te lo repito de nuevo? Bien, ¿estamos de acuerdo? Sí señor.

Lo aprendí a costa de un trabajo brutal y cansador, mis manos quedaban como arrancadas del cuerpo, parecían mandarse solas, no obedecían, las miraba no las sentía

propias, eran dos tenazas duras y secas, soñaba que se convertían en arañas, en cangrejos, que me atacaban, las calentaba les ponía trapos para mitigar el cansancio y darles movimientos a las coyunturas luego de seis horas seguidas de apretar y soltar. Cuando me pasaron a las pezoneras con mangas de diez succionadoras que evacuaban a doce vacas en once minutos, me sentí en la gloria, salté en una pata de contento. Por mis manos.

Tenía dos patrones, uno de ellos me sacó de la lechería, para incluirme en una cuadrilla ayudando a plantar papas que serian alimento de los chanchos, la semilla que compraba el patrón era buena, certificada, grande, firme y alimenticia, los animales crecían rápido y daban carne sabrosa, por eso con mi compañero de trabajo un día fuimos a conversar con el hombre para que nos vendiera un saco a cada uno con el fin de plantar en nuestros terrenitos para cosechar esa buena papa y darla a nuestros animales domésticos, lo sorprendimos mientras atendía unos rastros, herramientas propias de labranza, dejó a un lado los fierros, y dijo con voz tronante, y Uds. que hacen ahí parados como estacas, mirando como trabajo.

Respondimos medios acholados. Lo que pasa patrón es que queremos con el Rupe, unas papitas para nuestros chanchitos, porque no nos vende un saco de las suyas, es que son tan re buena semilla.

Esperamos inquietos la reacción, nos miró con desgano, ya había salido de la curiosidad. No, pa que quieren estas papas, compren en otro lado, yo no vendo papas.

Bueno patrón, era por si acaso no más, dijimos casi juntos con el Rupe.

Nos fuimos, al otro día escondimos un saco harinero en la cintura, la siembra era de tres hectáreas, y la última quedaba cerca de unas lomas, llenamos medio saco cada uno, los dejamos escondidos a la bajada de la colina entre unos arrayanes, apenas oscureció fuimos a buscar, durante tres días sacamos las papas para nuestros animales.

El hombre que silbaba y caminaba como si fuera a bailar me tomó buena, me hizo su ayudante en el galpón de chancado, nos reuníamos todos los días a las seis de la mañana, mi trabajo consistía en mezclar arvejas, papas, maíz, betarraga, esta última cuando la cosechan para darla de alimento a los animales es enorme, pesa como tres kilos cada unidad. Yo juntaba esos vegetales en una fuente, que con dificultad levantaba, se la pasaba al hombre que a pesar de ser huesudo y ágil tenía fuerzas. Quedaba con la boca abierta mirando como levantaba cargas más grandes que él, por entre los sacos asomaba la cabeza riendo y resoplando, decía no te asombres es maña más que fuerza cabro de moledera. Las tiraba en un gran embudo que tragaba rápidamente la carga. Máquina que había fabricado el mismo, a un tractor le adaptó una correa transportadora, todo el chancado pasaba por el interior del cuerpo, moliendo, mezclando, y evacuando en el otro extremo una masa uniforme convertida en puchero para chanchos y otros animales.

Era divertido trabajar ahí, el hombre que silbaba sintonizaba una radio, estridente, que emitía canciones y leyendas campesinas, historias que se perdían en el atronador bullicio del motor de la bestia como llamaba al engendro. Cumplía como dos años y medio en ese trabajo, y en esta ocasión el hombre vestía un overol amarillo, gorro grueso de lana chilota, botas de chiporro. Hacía mucho frío, la batería del tractor no tenía fuerza para hacer partir el motor, estábamos atrasados, y no había caso, trajo bencina y le tiró por la

boca del carburador para que la explosión ayudara a calentar los pistones, y se destrabaran del hielo, había un gran desorden, el combustible sacado de un bidón, se derramó en gran parte del piso, también algunas manchas encima de la carcasa del motor, aceite y varios trapos a diestra y siniestra. Por encima de todo y encaramado en una escalera para lograr la altura de dos metros y medio que alcanzaba la bestia, se ubicaba el hombre. Hacía puente con otra batería cargada la noche anterior, bastó una chispa para que el derrame de combustible se encendiera sobre la carcasa, bajara junto con la llama azul y el humo de los trapos, el hombre inadvertidamente desciende por la escalera, sin darse cuenta que el suelo ya está en llamas y su overol también. Trato de ayudar y tomo unos baldes de agua que sirven para remojar el chancado. Le tiro a la ropa del hombre que desesperado corre de un lado para otro aleteando, los movimientos aumentan el aire a su alrededor y también el fuego, el chorro de agua le cae de un golpe en el pecho, que en vez de apagar la llama la aviva, la flama lo envuelve desde la cintura, hasta la mata de pelo que empieza a tomar un color negro rojizo. Una llama le entró con el aire que desesperadamente le faltaba, quemando la garganta y los pulmones, alcancé a salir cuando las explosiones de los bidones con gasolina llegaron a las vigas de pura madera noble.